

Ecología política de la basura

Pensando los residuos desde el Sur

María Fernanda Solíz T., coordinadora



Instituto
de Estudios Ecológicos
del Tercer Mundo



ABYA
YALA



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



acción
ecológica

Quito, Ecuador
2017

Índice

Prólogo	9
<i>Jaime Breilh Paz y Miño</i>	
Prefacio	13
<i>Joan Martínez Alier</i>	
CAPÍTULO UNO	
TEORÍA CRÍTICA DE LA BASURA	17
¿Por qué un Ecologismo Popular de la basura?	19
<i>María Fernanda Solíz T.</i>	
La acumulación de desperdicios y el desperdicio de las riquezas: una mirada desde los Derechos de la Naturaleza	51
<i>Alberto Acosta y Esperanza Martínez</i>	
Pequeña historia sobre cómo los residuos invadieron nuestro continente	71
<i>Magdalena Donoso</i>	
Economía Política de la actual basura neoliberal	93
<i>Andrés Barreda</i>	
Modelos productivos y basura: agronegocio, extractivismo y monopolio del agua	119
<i>Damián Verzeñassi y Sergio Daniel Verzeñassi</i>	
Trabajo, desechos y clima: el delirio por el relleno sanitario	139
<i>Larry Lohmann</i>	

CAPÍTULO UNO

TEORÍA CRÍTICA DE LA BASURA



Tlazoltéotl

"La que se come la suciedad, la purificadora,
la que limpia la tierra y permite
el resurgir de la vegetación y los cultivos"

En adscripción a esta propuesta de ecologismo popular, consideramos fundamental reivindicar una línea de ecología política de la basura, para ello, requerimos de algunas categorías:

Pensar desde la complejidad ambiental

Desde que la espada y la cruz desembarcaron en tierras americanas, la conquista europea castigó la adoración de la naturaleza, que era pecado de idolatría, con penas de azote, horca o fuego. La comunión entre la naturaleza y la gente, costumbre pagana, fue abolida en nombre de Dios y después en nombre de la Civilización. En toda América, y en el mundo, seguimos pagando las consecuencias de ese divorcio obligatorio (Galeano 2008, pár. 12).

Pensar desde la complejidad implica replantear toda la historia del mundo a partir de deconstruir tres disociaciones responsables en mucho del pensamiento reduccionista precursor del economicismo:

- *La disociación del ser y el ente* que abrió la reflexión ontológica y epistemológica del pensamiento metafísico y filosófico.
- *La disociación entre el objeto y sujeto* que fundó el proyecto científico de la modernidad; allí pudo fraguar una ciencia económica en un ideal mecanicista.
- *La disociación sociedad-naturaleza* que determinó la primacía de las leyes ciegas del mercado y el predominio de la razón instrumental sobre las leyes de la naturaleza y los sentidos de la cultura, desembocando en la crisis ambiental (adaptado de Leff 2000, 45).

El paradigma de complejidad ambiental por un lado, nos invita a reconciliar la disociación entre ser-ente y objeto-sujeto, para ello, los aportes de la pedagogía de la liberación y la investigación acción participativa sobre la construcción plena y amplia de la participación como derecho, deber y mecanismo, constituyen la base del ecologismo popular. Un ecologismo que se reconoce en su construcción plural, diversa, popular en el que las comunidades afectadas o potencialmente afectadas por conflictos socioambientales toman parte y tienen parte de las decisiones, a través de ejerci-



cios plenos de consultas vinculantes y democracias verdaderamente participativas. Esta es la base de los principios precautorios, de las consultas vinculantes y el derecho a la organización y resistencia.

La imposición de basurales a cielo abierto en comunidades rurales, pequeñas e indígenas así como la eliminación de recicladores comunitarios en favor de la empresa privada son dos de las expresiones que reflejan con mayor claridad la anulación de participación y la objetivización de los sujetos sociales (ecologistas populares).

Por otro lado, la complejidad nos confronta con la necesidad de re-hermanar a las sociedades con sus naturalezas, sobre ello, la dialéctica de la naturaleza, el metabolismo social y los derechos de la naturaleza son propuestas epistemológicas, políticas y jurídicas que han dado el salto histórico.

El mundo pinta naturalezas muertas [...] y mientras todo esto ocurre, un país latinoamericano, Ecuador, está discutiendo una nueva Constitución. Y en esa Constitución se abre la posibilidad de reconocer, por primera vez en la historia universal, los derechos de la naturaleza. La naturaleza tiene mucho que decir, y ya va siendo hora de que nosotros, sus hijos, no sigamos haciéndonos los sordos. Y quizás hasta Dios escuche la llamada que suena desde este país andino, y agregue el undécimo mandamiento que se le había olvidado en las instrucciones que nos dio desde el monte Sinaí: *Amarás a la naturaleza, de la que formas parte*. Durante miles de años, casi toda la gente tuvo el derecho de no tener derechos. En los hechos, no son pocos los que siguen sin derechos, pero al menos se reconoce, ahora, el derecho de tenerlos; y eso es bastante más que un gesto de caridad de los amos del mundo para consuelo de sus siervos.

¿Y la naturaleza? En cierto modo, se podría decir, los derechos humanos abarcan a la naturaleza, porque ella no es una tarjeta postal para ser mirada desde afuera; pero bien sabe la naturaleza que hasta las mejores leyes humanas la tratan como objeto de propiedad, y nunca como sujeto de derecho [...]. Suena raro, ¿no? Esto de que la naturaleza tenga derechos... Una locura. ¿Como si la naturaleza fuera persona! En cambio, suena de lo más normal que las grandes empresas de los Estados Unidos disfruten de derechos humanos (Galeano 2008, pág. 1-8).



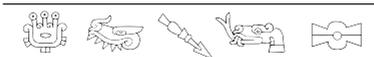
Dialéctica de la naturaleza

La basura, lejos de ser entendida en un vacío ecológico y social, debe comprenderse como el resultado de la interacción de unas sociedades con sus ecosistemas, decimos pues que la basura es un reflejo de los modelos societales, de sus estructuras productivas, reproductivas y relaciones de poder. Por ello, una de las primeras críticas al conservacionismo y al ecoeficientismo es que estos dos enfoques no territorializan la basura y asumen que el tipo y la intensidad de los problemas derivados de su generación y gestión, son iguales en cualquier territorio y pueden resolverse de la misma manera en cualquier ciudad, país, región. Bajo esta visión, pretenden estandarizar protocolos de manejo que terminan en la mercantilización de la basura y generando ingresos a empresas privadas nacionales y multinacionales.

Por el contrario, territorializar la basura implica reconocer que ésta constituye la premisa y resultado de la relación dialéctica entre las sociedades y sus naturalezas, y que por ende es un espejo del tipo de modelo de extracción, transformación, distribución y consumo, dando cuenta a su vez, de los contextos sociohistóricos en los que gesta, de la equidad o inequidad de estos modelos y de las relaciones de poder.

Adoptar un enfoque dialéctico, “nos lleva a reconocer que los organismos en general no se limitan a adaptarse a su medio sino que también lo afectan de diversas maneras y al afectarlo, lo cambian. La relación es, en consecuencia, recíproca [los organismos son cambiados también por esta naturaleza]” (Bellamy Foster 2000, 38). Estas relaciones de interacción son relaciones dialécticas, en tanto implican una afección doble e interdependiente, en este sentido, interpretando a Engels, Veraza plantea:

La transformación de las distintas formas de energía, una en otra, por ejemplo, de la energía mecánica en energía calórica [...] nos ofrece claros ejemplos de la interacción recíproca entre una energía y otra [...]. La interacción es, precisamente a nivel de todo el universo, la verdadera *causa finalis* de las cosas. Así pues, el concepto de



interacción es un concepto verdaderamente alto, cargado de contenido y consecuencias, pues permite sustituir a Dios, es decir, es lo suficientemente alto como para prescindir de Dios; es un concepto que funda la libertad humana (1997, 115).

La dialéctica de la naturaleza se sostiene en el concepto de interacción, como relación de interafectación e interdependencia, explicativo de la estructura relacional a todos los niveles, desde la transformación de energía hasta la transformación de la naturaleza por grupos de personas organizados en sociedad. Comprender la dialéctica de la naturaleza implica comprender que la transformación de la naturaleza no sólo afecta a la naturaleza sino también a la sociedad que sustenta sus modelos productivos y reproductivos en dicha transformación. En otras palabras, implica pensar desde la complejidad, superar la ruptura sociedad-naturaleza:

Sería hoy difícil encontrar una persona instruida que niegue los hechos de la evolución. Sin embargo entre nosotros, muchos niegan su evidente corolario: que al ser humano le afectan las mismas influencias ambientales que controlan la vida de muchos miles de otras especies con las que está relacionado por medio de vínculos evolutivos (Carson 1998, 245).

Metabolismo social

El concepto metabolismo social, propuesto por Marx resulta fundamental en tanto reivindica la mutua relación entre sociedad-naturaleza frente a las concepciones antropocéntricas (herencia de la modernidad) donde los recursos naturales son ilimitados y los servicios ambientales nunca se degradan. Bajo esta óptica, la basura es considerada como el quinto proceso metabólico, el resultado final de los cuatro anteriores.

Los cinco procesos metabólicos: apropiación (A), transformación (T), distribución (D), consumo (C) y excreción (E), nos permiten comprender los modos de relación entre la sociedad y la naturaleza así como cuantificar los flujos de materia y energía que se intercambian entre los conglomerados sociales y el medio natural (ecosistemas).

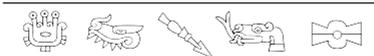


Varios autores (Gadgil y Guha 1992; Toledo 1994; Toledo y Gonzáles 2005) han propuesto tres grandes tipos de organización del metabolismo social con la naturaleza: el modo primario de cazadores recolectores, el modo secundario campesino y el metabolismo propio de las sociedades industriales. Es evidente que las sociedades humanas han tendido a incrementar la energía exosomática sobre la energía endosomática de forma que el cociente exo/endo expresa la complejidad material de las sociedades. Es en el tercer modo de metabolismo social cuando aparece la crisis doble de la basura como resultado de una dependencia sin precedentes de energía exosomática, recursos naturales no renovables y con ello la mutación de todos los procesos del metabolismo social.

Sin lugar a dudas la cantidad (si sobrepasa o no su capacidad de reciclaje) y calidad (si son asimilables o no por la naturaleza) de los residuos generados en el proceso de excreción (E) constituye uno de los factores más relevantes para comprender el conflicto ambiental actual, pues es un corolario propio de las sociedades industriales. Así también, el proceso de excreción es quizás el más dependiente de los procesos anteriores (A, T, D, C) pues en función de su volumen y calidad requiere para su tratamiento, eliminación o almacenamiento de nuevos procesos metabólicos (Toledo y Gonzáles 2005, 87).

Decimos por ello que se trata de una doble determinación, al tiempo que los procesos de A, T, D y C definen las características de la excreción; los mecanismos y el tipo de recursos que sean apropiados, las características de los procesos de transformación, la equidad o inequidad en la distribución de los bienes y los patrones de consumo (subsunción de consumo bajo el capital: plasticidad de las necesidades, obsolescencia programada y percibida) determinan el tipo de sociedad y por ende la calidad y cantidad de residuos.

Es con el capitalismo industrializado, la primera vez en la historia de la humanidad, que los residuos producidos superan la capacidad de la tierra para reabsorberlos y su nocividad creciente pone en riesgo el mantenimiento y regeneración de los ciclos vitales. Entendemos con ello, que la crisis doble de la basura, cualitativa y cuantitativa, es el mejor reflejo de una fisura metabólica.



La basura como resultado de la fractura metabólica campo-ciudad

Durante el siglo XX, las principales preocupaciones medioambientales estaban centradas fundamentalmente en dos campos: la disminución de la fertilidad del suelo y la creciente contaminación de las ciudades.

El declive de la fertilidad natural debida a la interrupción del ciclo de los nutrientes del suelo que acompañó a la agricultura capitalista, el creciente conocimiento de la necesidad de nutrientes específicos, y las limitaciones en el suministro de abonos naturales y sintéticos, que compensara la pérdida de la fertilidad natural, fueron todos ellos factores que contribuían, en consecuencia, a un sentimiento muy extendido de crisis en la fertilidad del suelo (Bellamy Foster 2000, 235).

Ya en 1862, Liebig hablaba de la *agricultura racional*, basándose en el principio de la *restitución* y cuestionando enfáticamente el problema de los residuos en las grandes ciudades. En sus *Cartas sobre el tema de la utilización de las aguas residuales municipales* (1865), Liebig insistía —basándose en un análisis del estado en el que se encontraba el Támesis—:

Si fuera posible recoger, sin la menor pérdida, la totalidad de los excrementos sólidos y fluidos de los habitantes de las ciudades, y devolverle a cada agricultor la porción procedente de los productos que originalmente había suministrado a la ciudad, se podría mantener la productividad de sus tierras casi intacta en los tiempos venideros, y la reserva existente de elementos minerales de cada campo fértil sería de sobra suficiente para las necesidades de las poblaciones en aumento (Von Liebig 1863, 261)².

2 La traducción me pertenece.



En la actualidad el problema ha cobrado mayores dimensiones, la concentración masiva de la fuerza de trabajo en las ciudades ha agudizado la fractura y el antagonismo entre el campo y la ciudad generando un problema de contaminación masivo que hoy en día alcanza dimensiones alarmantes. Este proceso de urbanización–decampesinización, llamado por Andrés Barreda (2009) como *urbanización salvaje*, se funda en la ruptura de las estructuras comunitarias de propiedad de la tierra, de los modelos productivos familiares y comunitarios, e impulsa, por el contrario, procesos de encadenamiento laboral por despojo (Solíz y otros 2012, 20).

Se trata de una condición característica del modelo de acumulación por despojo, por la cual las comunidades desplazadas, o aquellas que se han mantenido cercanas a proyectos social y ambientalmente destructivos (petroleras, megaminería, agronegocio, y en el caso que compete a este artículo: *sistemas de disposición final de residuos*), se ven obligadas a vender su fuerza de trabajo, en tanto el proceso destructivo anula cualquier alternativa productiva comunitaria en el territorio. En ese sentido, el proceso destructivo coloca a las comunidades en una diáda esquizofrénica: al tiempo que destruye la economía, la salud y el bienestar de las comunidades; es también proceso protector pues se convierte en la fuente única de provisión de servicios, tanto por el pago salarial como por las medidas de compensación realizadas como parte de su estrategia de responsabilidad social y empresarial.

La condición de *encadenamiento laboral*, se caracteriza por la imposición de una economía de pago por servicios, de venta de fuerza de trabajo que sostiene una estructura doblemente perversa: por un lado la dependencia económica salarial y, por otro, la dependencia económica del consumo. Como componente final de esta cadena, las economías de consumo se condicionan doblemente: cuantitativamente (a lo que el salario puede comprar) y cualitativamente (a los valores de uso que ofertan los monopolios de la agroindustria, léase ruptura de la soberanía alimentaria).

En medio de esta fractura, el fenómeno de urbanización salvaje, demanda que las grandes ciudades enfrenten el tema de los desechos: las aguas residuales, los desechos domésticos, los desechos



industriales, los desechos de las actividades extractivas, los desechos de construcción, los desechos cibernéticos, los biopeligrosos, etc.

La irracionalidad del sistema capitalista cobra entonces su máxima expresión, mientras por un lado la industria agroquímica genera productos cada vez más sofisticados y nocivos destinados a restablecer el equilibrio perdido por la ruptura del metabolismo social, las ciudades producen toneladas de desechos que son dispuestos en cursos de agua, quebradas o rellenos sanitarios generando nuevos problemas medioambientales: contaminación del agua por lixiviados, biogás liberado directamente a la atmósfera.

En el tomo I de *El Capital* escribe Marx:

La producción capitalista congrega a la población en grandes centros, y hace que la población urbana alcance una preponderancia siempre creciente. Esto tiene dos consecuencias. Por una parte, concentra la fuerza motriz histórica de la sociedad; por otra, perturba la interacción metabólica entre el hombre y la tierra, es decir, impide que se devuelvan a la tierra los elementos constituyentes consumidos por el hombre en forma de alimentos y ropa, e impide por lo tanto el funcionamiento del eterno estado natural para la fertilidad permanente del suelo [...]. La producción capitalista, en consecuencia, sólo desarrolla la técnica y el grado de combinación del proceso social de producción socavando simultáneamente las fuentes originales de toda riqueza: el suelo y el trabajador (Marx 1975, 637-8)³.

En el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels, argumentan la necesidad de restablecer una “íntima conexión entre la producción industrial y la agrícola, junto con una distribución de la población por todo el país lo más uniforme posible” (Marx y Engels [1848] 1999, 252), cabe cuestionarnos por tanto si ¿es factible sostener un equilibrio en el metabolismo social que prescriben las leyes naturales de la vida entre el hombre y la tierra a través del trabajo en medio de un modelo capitalista?

3 La necesidad de *restablecimiento* de los componentes del suelo es un punto que Marx tomó directamente de Liebig a la edición de 1862 de su *Química agrícola*, Liebig “Einleitung”, 97.



La industria a gran escala y la agricultura a gran escala explotada industrialmente tienen el mismo efecto. Si originalmente pueden distinguirse por el hecho de que la primera deposita desechos y arruina la fuerza de trabajo, y por tanto la fuerza natural del hombre, mientras que la segunda hace lo mismo con la fuerza natural del suelo, el posterior desarrollo se combinan, porque el sistema industrial aplicado a la agricultura también debilita a los trabajadores del campo, mientras la industria y el comercio, por su parte proporcionan a la agricultura los medios para agotar el suelo (Marx 1975, 949-959).

¿Es entonces posible transitar hacia una concepción diferente del desecho? ¿Cómo se debe manejar el tratamiento de desechos en medio de este modelo económico? ¿Debemos limitarnos a garantizar el control de lixiviados, biogás y vectores o es posible restaurar la praxis dialéctica que comprende la unidad de la humanidad con la naturaleza y al trabajo como proceso que regula y controla el metabolismo, actuando sobre la naturaleza exterior, modificándola y de este modo cambiando simultáneamente su propia naturaleza?. Es claro que no podemos sostener indefinidamente un modelo lineal de explotación-producción-distribución-consumo y desecho en un planeta finito.

